

## NOTA DEL EDITOR

El editor considera que el título elegido para este libro, *Al hilo de la noche*, responde mejor, más libremente, al espíritu de la novela, cuya acción (suma de diversos episodios que se encadenan) transcurre a la anochecida; se ha preferido a «al filo de la noche», que sería más cercano al título original *Am Rande der Nacht*, ya que, según la definición de la RAE, «al filo de» significa «muy poco antes o después de»..., en este caso, la noche.



Al hilo de la noche



*Viele Geschicke weben neben dem meinen,  
Durcheinander spielt sie alle das Dasein  
(Muchos destinos se tejen junto al mío,  
todos los baraja la existencia)*

HUGO VON HOFMANNSTHAL



A HANS LA ESPERA se le estaba haciendo eterna.

—Esto es ridículo —dijo—. Si no salen pronto, yo me largo. Ya me duelen los ojos de tanto mirar y las piernas de tanto arrodillarme.

—Van a salir en cualquier momento, ya lo verás —dijo Erich, pero su voz no sonaba muy confiada—. Solo tiene que oscurecer un poco más.

—Sí, tan oscuro que ya no podremos ver nada y entonces dirás: «Ahí están», y será la raíz de un árbol. Siempre la misma historia. Demasiado bobo. Bravuconadas —dijo Hans y miró con arrogancia a los cisnes que nadaban tranquilamente por el medio del foso, con los cuellos altivamente estirados. Los cisnes giraron hacia su pequeña caseta. Hans chascó entonces la lengua, pero ellos no se dignaron girar el cuello lo más mínimo.

—Pero ayer salieron, no es ningún farol —dijo Erich. Ahora que por fin tenía algo con lo que impresionar a Hans, se le torcía en el último momento.

—¡Bah! —soltó Hans y continuó contemplando a los cisnes. Habían alcanzado la caseta flotante describiendo un precioso arco sobre el agua.

Las dos chicas eran más pacientes y calladas. Probablemente tenían algo de miedo. A decir verdad, las ratas les daban repelús. Unas criaturas horripilantes. Probablemente los animales más repulsivos sobre la faz de la tierra. Especialmente aquellas con las colas largas y peladas. ¡Puaj! ¿Y no atacaban a la gente? Alguien había dicho hacía poco que entraban en las habitaciones y... a la gente... ¡Aj!... ¡Mejor no pensar en ello!

—En realidad deberíamos irnos.

Pero no, la cosa se estaba empezando a poner interesante. Y luego los chicos se reirían, se mofarían de ellas. Muchachas asustadizas... No, no...

—Voy a contar hasta treinta, muy lento, y, si en ese momento no han salido, pues nos largamos —susurró Fifi al oído de Luise—. Y ellos ya pueden decir misa. ¿Qué te parece?

Luise se limitó a asentir, pero no la miró; en su lugar, sus grandes ojos oscuros se dirigían sin parpadear hacia la orilla del foso, justo allí donde el agua se detenía y empezaba el



fango, y, más allá, hacia el terraplén corto y empinado, con la tierra marrón y las raíces de los árboles suspendidas en el aire. Allí estaban ahora los animales. En el barro suave y caliente. Sapos. Gusanos rosados. Un poco más allá, unos peces pequeños se deslizaban por el agua entre pardusca y dorada. A causa de la emoción, Luise se rascó con ansiedad la rodilla desnuda, aunque no le picaba en absoluto. Se acuclilló, con los brazos alrededor de las piernas. Tenía otra vez los zapatos sucios, los calcetines, ¿también la parte de atrás de la falda?... Otra vez se había sentado sobre...

—¡Ahí! —dijo Erich y apuntó con el dedo hacia abajo—. Ahí, ¡mirad...!

—Habéis tenido suerte —dijo Fifi—, estaba a punto de contar hasta treinta, muy despacio, y...

—Cierra el pico, so burra. Las vas a espantar.

Ya estaba empezando a oscurecer. No era posible ver nada con claridad. Pero allí se movía algo. Gris. Pequeño. Bajo las raíces de los árboles. Y algo más, también allí. Eran dos. Otra más. Tres. Se estaban acercando. Los niños las contemplaban quietos como estatuas.

—Pues salen todas las noches —susurró Erich repentinamente y triunfalmente, y miró a Hans, como si la aparición de las ratas fuera obra suya.

—Mirad, mirad qué colas... —dijo entonces Hans asintiendo gravemente.

Todos miraron las colas. De un dedo de largo, grises, peladas, como contrayéndose por momentos.

—Poneos boca abajo... —ordenó Hans siseando.

El resto obedeció sin hacer el menor ruido. Todos alzaron las cabezas hacia el foso.

En ese momento, Luise lanzó un grito, agudo y penetrante, con total desesperación, como si la hubiera mordido una serpiente. Las ratas saltaron al agua y desaparecieron.

—¡Idiota! —rugió Hans—. Ahora se han ido...

—Imperdonable gritar de esa manera... —dijo Erich.

Luise estaba fuera de sí y se deshacía en lágrimas.

—La rata me miró de una manera, con sus pequeños ojos, con tanta maldad que... Y luego empezó a abrir la boca..., un poco..., y entonces enseñó los dientes... Iba a morderme, no tengo ninguna duda.

—¡Al diablo con vosotras! Con chicas nunca se puede hacer nada a derechas. ¡Arriba, Erich, vámonos al puerto! El *Adelaide* sigue allí, y tú todavía no lo has visto. Olvídate de este par de lloricas. Mocosas desagradables... Estoy hasta el gorro de vosotras.

Erich hizo una mueca de desprecio con el labio inferior y, con las manos bien metidas en los bolsillos de los pantalones, siguió a Hans.

—Me miró llena de odio con sus ojos pequeños —repitió Luise como para sí misma. Apenas lloraba ya.

—Bueno, ya pasó —le dijo Fifi—. Deberíamos irnos a casa.

Las dos chicas miraron a su alrededor. El sol se había puesto y el agua del canal de la ciudad lucía negra frente a ellas, apenas se podía ver ya el fondo y, sin embargo, hacía un instante todavía emitía un resplandor dorado. La niebla se elevaba suavemente por encima del agua y permanecía densa sobre su superficie. Los árboles del parque se confundían en grupos opacos y oscuros, y el molino, en la colina, alzaba pesadamente sus aspas marrones en el cielo cálido, azul y lleno de humo. Las pequeñas llamas de las farolas ya destellaban débilmente en la carretera que conducía al puerto. De un momento a otro estarían ardiendo.

A lo lejos, en el camino, había un viejo sentado en un banco, con las manos fijas en el bastón, que miraba tranquilamente al frente. Fifi se acercó a él saltando despreocupada y ágilmente.

—Abuelo, ¿qué hora es?

—Las siete y media —contestó el viejo, después de presionar el pequeño botón que abría la tapa de su reloj de oro.

El reloj de papá no es tan grande, ni de oro; probablemente sea de plata, pensó Fifi.

—Gracias —dijo la niña dulcemente.

—Alto ahí... —dijo el viejo y la miró fijamente con sus ojos vacíos y grisáceos—. ¿Qué estabais haciendo hace un rato en el foso? ¿Qué queríais ver?

Fifi se quedó callada y miró al suelo, medio sonriendo.

—Queríais ver las ratas, ¿no? Dilo sin miedo.

Fifi no contestó.

—Sé que estabais mirando las ratas —insistió el viejo—. Así que os gustan...

—No —dijo Fifi sin alzar la mirada.

—Me lo temía —dijo el viejo. De repente empezó a carcajearse—. Vosotros los niños siempre queréis ver cosas desagradables. ¿No tenéis nada mejor que hacer que ver ratas?

—No, nada mejor... —dijo Fifi y desapareció, sin detenerse a mirar al viejo.

Luise seguía parada en el mismo lugar; parecía de nuevo alegre.

—Ya son las siete y media. ¡Vamos, deprisa!

Las chicas rodearon el foso y llegaron a la carretera. Las llamas de las farolas ya ardían, e incluso el tranvía tenía las luces encendidas; el número 1 acababa justo de pasar y ahora estaba detenido bajo el puente de la vía férrea.

La señora Jacobi se bajó. Iba cargada con varias bolsas. Fifi y Luise la saludaron con educación, aunque de manera algo afectada.

—Buenas noches, niñas. ¿Todavía en la calle a estas horas? Vamos, ya tendríais que estar en la cama —las reprendió la señora Jacobi con voz amistosa.

Mamá habría empleado un tono bien distinto. Solo las damas tenían esa encantadora manera de hablar. Aun así, prefiero a mamá. Por nada del mundo querría yo a la señora Jacobi de madre.

Luise suspiró. Se separaron en la esquina de la calle. Las chicas estrecharon fugazmente las manos.

El tranvía número 1 del que se había apeado la señora Jacobi continuó su recorrido por la carretera del puerto. Paró otra vez. Un borracho salió del restaurante de Bellmann. Cuando la puerta se abrió, un sonido de orquestina y de risas inundaron la calle. El revisor del tranvía le cortó el paso al borracho, sacándolo del estribo por la fuerza.

—¡No lo voy a dejar subir!

—Yo... Yo... ¿Qué quiere decir? Tengo dinero... Canalla...

—Fuera. ¿Me ha oído usted?

La campana sonó. El tranvía continuó su recorrido. El hombre se quedó atrás, soltando improperios.

—No voy a permitir que esa chusma me llene el vagón de vómitos —dijo el revisor a Oskar y a Anton.

Los dos estudiantes asintieron, con expresión seria y juiciosa. El conductor miró hacia sus enormes maletas.

—¿Van a embarcar en el *Adelaide*?

—Sí —respondió Anton—. Rotterdam.

—Les envidio, navegando en septiembre con este tiempo —dijo el conductor—. ¡Quién pudiera!

—Sí, no vemos el momento de estar a bordo —dijo Anton y miró por la ventanilla, como si se sintiera culpable.

En ese preciso momento estaban pasando frente a las puertas del Astoria. Vieron a la mujer de la taquilla que descorría la cortinilla y medio abría la ventana.

—Hoy se celebra un combate espléndido entre Dieckmann y Alvaroz, los dos campeones de lucha. Sabían que...

Anton alzó la vista como si intentara recordar.

—No, no tenía ni idea.

—Así que el *Adelaide* —cambió de tema el conductor—. Pues entonces van a conocer al capitán Martens —rio quedadamente para sí mismo—. El hombre y sus guapos ayudantes...

—¿Qué quiere decir? —preguntó Oskar.

—Pronto lo verán. Y la gorda Nelly también les hará gracia. En el salón siempre se tiene que sentar sobre el terciopelo rojo.

—¿Quién es Nelly? —quiso saber Anton.

—Muy pronto lo verán todo con sus propios ojos, señores. En ningún caso se van a aburrir ustedes a bordo del *Adelaide*.

El revisor subió al tranvía, sonriendo.

—Desconcertante, ¿no? —dijo Anton—. ¿Pero qué pasa en ese barco?

—Olvídate de él —dijo Oskar—, solo nos quiere aguar la fiesta, simplemente nos tiene envidia.

—Una lástima que zarpeamos de noche... El descenso por el río, la desembocadura, la entrada al mar, no vamos a ver casi nada de todo eso —dijo Anton.

—Sí, una lástima.

—Pero, a fin de cuentas, así a oscuras, zarpar también tiene su encanto... Probablemente hoy no pegue ojo.

—Ya veremos —dijo Oskar, estirándose—. Quizá no sea para tanto.

El viejo estaba todavía sentado en el banco, las manos fijas en el bastón; el sombrero yacía junto a él. Miraba a su alrededor con mirada tranquila y vacía. Se limitaba a estar allí sentado. Por lo menos seguía vivo, y allí estaba en el banco, mirando la vida pasar, contemplando qué sucedía a su alrededor, mientras llegaba la noche. Estaba en el parque: a su espalda, el molino sobre la colina; frente a él, la hierba del terraplén y el foso; y allí arriba, la vía férrea, detrás de la cual todavía se podía ver el último piso de las casas de la calle Olbers, con sus paredes blancas, que ahora se difuminaban en el crepúsculo. El viejo había visto desaparecer el sol detrás de las casas. Las niñeras, con los carricoches y los niños juguetones, hacía mucho tiempo que ya no estaban en el parque, el agua del

canal se había vuelto negra; el aire, blando y lleno de humo; y el cielo, gris y azulado. Un poco antes, una niña le había preguntado la hora y luego había desaparecido rápidamente dando saltos: literalmente había huido de él. Sí, todo el mundo pasaba de largo y lo dejaba simplemente allí sentado. Ni siquiera Karl y Berta se preocupaban lo más mínimo de él, iban a visitarlo cada vez menos por las tardes. Bueno, tampoco podía ofrecerles mucho; normal que prefiriesen ir al cine.

Más allá, en la carretera que llevaba al puerto, los coches pasaban deslizándose cansinamente. La gente regresaba del trabajo. Los obreros abarrotaban el puesto de salchichas que estaba debajo del puente del ferrocarril. Compraban salchichas rojas, grasientas y picantes, y reían tan fuerte que el viejo podía oír sus carcajadas. Un perro sin dueño pasó frente a él, trotando por la carretera en sombras, olfateando algo con la cabeza levantada. Él sí conocía su destino. Todo el mundo regresaba a casa.

Pero ¿qué puedo hacer yo en casa? ¿Sentarme en la habitación a oscuras y mirar la calle hasta que llegue la hora de acostarse? ¿Para luego no poder dormir? Voy a estar aquí todavía un poco más, así sentado algunos minutos más, voy a esperar; pero no pasa nada de nada, es terrible que no pase nada. Pero quizá pase algo al final, quizá venga el joven y pueda intercambiar unas pocas palabras con él. ¿No es aquel



de allí atrás? No, no es él... Mira, mira... Los cisnes... Cómo se rozan y se empujan, frotando los cuellos cariñosamente unos contra otros; ya empiezan sus placeres nocturnos. Pero ahora se separan otra vez, se alejan, nadan en círculos tranquilos alrededor de la caseta; ¿nada más?, ¿ya pasó? Se dirigen a la caseta, trepan torpemente hasta la pequeña tabla de madera, se acomodan, miran una vez más la superficie densa y alquitranada del agua, esconden la cabeza entre las plumas. Quieren dormir. Pasan toda la noche ahí fuera. Pero yo ahora tengo que volver. Voy a esperar el tren de las ocho en punto. ¿Es probable que el joven venga todavía?

Todavía tardará un poco más en llegar. Camina intranquilo por las calles, con las manos en los bolsillos de la chaqueta y el paso más bien apresurado. Un sentimiento extraño impulsa sus miembros. Y sus ojos tienen un brillo húmedo. Siempre hace el mismo camino. Cada día. A través de las calles, por encima de la muralla, en dirección al río. Y luego se detiene en el puente, contempla el agua de debajo, roja en el crepúsculo, negra por la noche, que fluye entre las columnas y le susurra cosas ininteligibles. Y él corre en el parque, intercambia un par de palabras con un hombre mayor, que siempre está sentado ahí, siempre en el mismo banco, un viejo que se aburre lo indecible y que nunca lo deja en paz. Acaso